

EN AQUEL TIEMPO...

Una de las deudas que nuestros monasterios latinoamericanos tienen aún pendiente, sería la de rescatar y dar a conocer todas aquellas figuras de laicos que han sobresalido en la tarea de crear el clima que posibilitó la presencia e irradiación de la vida monástica.

Un campo específico es el de la liturgia. Sin duda han sido muchos, en nuestros países, los laicos con sensibilidad por la vida de oración de la Iglesia; personas que antes del Concilio, y nutridos frecuentemente por la lectura de libros de monjes europeos, fueron verdaderos protagonistas en la difusión del amor por la liturgia. Generalmente encontraron en los monasterios recién fundados un lugar de privilegio adonde vinieron a nutrirse, y sobre todo impulsaron a otros a compartir la vida de oración de nuestra incipiente vida monástica.

El Brasil contó con la presencia de monjes casi desde el nacimiento y la consolidación de su Iglesia, y en ella tuvieron una parte importante. En cambio nuestra América hispana tenía oficialmente prohibida la entrada a los monjes, en cuanto comunidades.

Hace sólo pocos meses que la primera comunidad monástica benedictina de Hispanoamérica, la del Niño Dios, en Entre Ríos (Argentina) celebró apenas sus juveniles noventa años de vida.

Por eso me gustaría cumplir con un deber de gratitud al llamar la atención sobre un libro recientemente publicado en Puerto Rico (noviembre de 1988). Su título es el de este artículo. Sus autores son, en forma conjunta, el Círculo de Liturgia CMR y el Centro Universitario Católico de esa Isla caribeña.

La Isla de Puerto Rico, una de las cuatro Antillas Mayores, es actualmente un Estado Libre Asociado a la Unión Norteamericana. Además de su estupenda geografía, y de su gente particularmente amable, su situación sociopolítica la convierte en un nudo entre el

norte y el sur, entrada de nuestra América poscolombina. Su estructura socioeconómica está fuertemente marcada por la mentalidad norteamericana, con sus logros y quizá sus peligros. Pero su alma es netamente latinoamericana, como su lengua y su cultura. Desde 1947 se halla presente allí la vida monástica por medio de las comunidades de San Antonio Abad y de Santa Escolástica, en Humacao, ambas fundadas por comunidades de monjes y de hermanas de Minnessota, Estados Unidos.

Hace algo más de veinticinco años, moría en olor de santidad un laico profundamente ligado a la comunidad de San Antonio Abad. Se trata de Carlos M. Rodríguez. Un laico en el pleno y profundo sentido de la palabra. Que vivió su vida como una misión. Y la alimentó en la liturgia, en el estudio y en la participación de su fe con la Iglesia,

Chali era su apodo de familia. Del seno de ese hogar saldrían dos religiosos: una hermana carmelita de Vedruna, y un monje, actualmente Abad del Monasterio de San Antonio. Ambos atribuyen a su hermano laico un papel decisivo en el descubrimiento y en la realización de su vida consagrada. Quizá el mismo Chali deseara seguir ese camino. Pero una prematura y dolorosa enfermedad se lo impidió. Dios tiene sus caminos. Cuando él borra, señal que quiere escribir. Y la página que le tenía destinada la tendría que hacer con sangre. Lo que no impidió que dedicara los pocos años de su vida a una seria actividad profesional, y todo su tiempo libre a ser promotor y divulgador de una profunda vida litúrgica. Fue en gran parte un autodidacta. Pero no se quedó encerrado en su pequeño mundo. Tradujo y pólicopió él personalmente cuanto le pareció valioso para difundir lo que sentía como alimento para su vida espiritual. Siendo un amante apasionado del canto gregoriano, mantuvo siempre una gran apertura y defendió ya antes del Concilio el uso de la lengua vernácula. Y estuvo entre los que trabajaron para que un día don Pedro Escabí llegara a grabar en disco su Misa en La Menor, donde se fundían las melodías de corte eclesial con los aires autóctonos y originales, enriqueciendo así la liturgia islefia. Este aspecto de apertura es notable en un laico apasionado por la liturgia, ya que no siempre han sido dos aspectos que se han podido conjugar bien. Para numerosos laicos amantes de la liturgia preconciliar, muchos de los cambios posteriores que se realizaron fueron más bien fuente de sufrimientos y desconcierto. No así en Chali Rodríguez, que se esforzó por vivenciarlos y hacerlos comprender. Es notable su cristocentrismo. Y su valoración de la Pascua como eje de toda la liturgia. Su gran fiesta era la Vigilia en la no-

che del Sábado Santo. Pudo llegar a gustarla en su totalidad gracias a las reformas introducidas en el Triduo Sacro por Pío XII. Para ella se preparaba con intensidad durante toda la Cuaresma. Y este clima lograba crearlo en su propia familia y en los grupos que lideraba.

El Señor le tendría reservada su propia pascua, preparada por una larga cuaresma de sufrimiento y por una intensísima pasión de agonía. Su colitis ulcerosa, traída desde la infancia, estalla finalmente en un cáncer humillante y doloroso que va minando todas sus reservas físicas y síquicas, llegando a introducirlo en la noche oscura del espíritu. Allí se sintió abandonado de Dios. Su hermano monje, recién ordenado sacerdote, lo acompañó constantemente durante su último mes de vida, que fue el de su cruz total. Pudo ser finalmente testigo de la luz que lo acompañó al final del doloroso camino. Su muerte dejó lo que su vida había sembrado. Y es impresionante ver cómo a los veinticinco años de aquella, esta permanece aún viva y fecunda.

La lectura de este libro me sugiere la idea de invitar a todas nuestras comunidades a rescatar y dar a conocer la vida y la obra de aquellos laicos y sacerdotes, que fuertemente relacionados con nuestros monasterios, han sabido vivir y difundir una espiritualidad acorde a su vida, dinamizando la nuestra. Y muchas veces siendo el medio que Dios utilizó para suscitar vocaciones monásticas.

Abadía de Santa María
C.C. 8 - 6015 Los Toldos (B)
Argentina

Mamerto MENAPACE, osb